



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: <i>ESCRITOS ACADÉMICOS</i>
CAJA	019
EXP.	030
DOC.	0021
FOJAS	36-39
FECHA (S)	s/f

enviado a Sante Bagnoli
el 25 de Agosto, 2003

BF7C19E30DZF36

Querido Sante, te envío el añadido que hice para que quede más claro mi artículo en la *Historia universal del arte*, dirigida por Joan Sureda para Lunweg, de España. Espero que a ti también te convenza. Sugiero que se ponga el número **11** y que el Epílogo lleve el número **12**. Creo que es el lugar que le corresponde en el desarrollo del texto.

Un saludo afectuoso de Beatriz

El arte mesoamericano de la América Intermedia y del Caribe (addenda)

Beatriz de la Fuente

11. Casas para los dioses y los hombres

Los antiguos mesoamericanos desarrollaron un rico lenguaje arquitectónico y urbano. Emplearon piedras careadas y de mampostería, y varios vegetales, como cañas, carrizos, palmas y árboles diversos. Se ha dicho, con base en los materiales, que las casas de piedra albergaban a nobles poderosos y las chozas o pajizos a humildes campesinos y plebeyos. Debido al carácter perecedero de estas últimas, la arquitectura prehispánica se conoce por medio de maquetas en barro y piedra contemporáneas, de los edificios pétreos que aún permanecen y por descripciones de los cronistas europeos del siglo XVI; ello arroja incontables estilos a lo largo del tiempo y del espacio.

Por lo que toca a las técnicas constructivas, el núcleo de las construcciones podía ser de tierra apisonada y recubierta con lodo o losas. Las hiladas de piedras se unían con argamasa y se cubrían con un repellado que, por lo común, se pintaba en monocromía roja o blanca, o bien con policromía y escenas figurativas. A

veces el recubrimiento era de lajas finamente talladas (como en el estilo Puuc de los mayas).

El repertorio formal se limitó a unos cuantos elementos, en particular grandes macizos y volúmenes que constituyen los cuerpos piramidales (se conocen como *cús* o *cúes* en el área maya, *teocallis* en el Centro de México, y *yácatas* en el Occidente) y dominan el paisaje urbano. Es bien conocido el hecho de que las pirámides cuentan con varias etapas constructivas, donde las antiguas sirvieron de cimiento a las más recientes, y éstas las cubrían del todo o en parte.

Los taludes de los basamentos tienen varias inclinaciones (de 45° a 80°), extensiones y alturas. Los hay de tamaños modestos, no mayores de 5 m de altura (en Cerro del Tepalcate) a gigantes de 70 m (en Tikal y Calakmul); otros van de una decena de metros por lado hasta 400 m o más (en la gran pirámide de Cholula, la más voluminosa de Mesoamérica y del mundo y que alcanzó 60 m de altura). Una ancha escalinata –ora simple, ora doble- permite el ascenso a la cumbre, al templo; la limitan alfardas. En ocasiones se hizo una escalinata para cada fachada.

Además de la arquitectura ortogonal existe la circular, compuesta, básicamente por varios basamentos escalonados que van disminuyendo conforme ascienden (Cuicuilco, la Huasteca, los “guachimontones” en el Occidente). Unos más combinan en su planta las formas circulares y rectangulares (en Tula, y algunas *yácatas* en Michoacán).

Otro tipo de construcciones son los conjuntos habitacionales llamados palacios o complejos residenciales. Se forman por cuartos, pórticos o vestíbulos con gráciles pilares o sin ellos, corredores y pasillos porticados, rectilíneos o de intrincados vericuetos –calificados como “laberintos”-; hay galerías de numerosos vanos. Los recintos alternan con patios hundidos e impluvios que además de aire y luz, permitían la captación de agua de lluvia. Suelen ser de uno

o dos pisos de altura, pero también alcanzan –entre los mayas- hasta siete niveles con escalinatas externas e interiores. El número, la disposición, las dimensiones, la armonía y el ritmo de vanos y macizos, más la escultura y pintura integradas producía un juego de luces y sombras, de aires y sonidos en modo tal que dan gran riqueza formal y efectista a cada edificio.

Un invento arquitectónico poco explotado es la sala hipóstila. Se conoce desde épocas tempranas (siglo VIII a.C.) en Montenegro, Oaxaca, pero fueron los toltecas (a partir del siglo XII) quienes las llevaron a su auge en Tula, Hidalgo, y posteriormente en Chichén Itzá, Yucatán; le incorporaron banquetas adosadas a los muros a manera de largo y continuo sitial. Otra innovación es la bóveda en saledizo (de muros inclinados, en lugar de recurrir a dovelas y claves), y los mayas fueron sus máximos exponentes entre los siglos III y XVI d.C.; también agregaron cresterías o remates verticales sobre los techos.

Pirámides y palacios se unen y yuxtaponen para dar lugar a patios y plazas comunicados por medio de calzadas y caminos (sus restos aún se aprecian en algunas ciudades mayas como Cobá, Chichén Itzá y Tikal, o en otras del Altiplano Central mexicano como Tula, Xochicalco y Teotihuacán, con su famosa Calzada de los Muertos). A veces hay murallas que rodean parcial o totalmente a las ciudades o sus zonas centrales, según se ve en Tulum –con doble muro-, Becán –que agrega un foso perimetral-, Monte Albán, Teotenango, México Tenochtitlán, Chuitinamit, Iximché y Gumarcaaj.

Acueductos, canales de irrigación y desagüe completan el paisaje urbano.

Ejemplo señalado son las *chinampas* (empalizadas rellenas de tierra, afianzada con ciertos árboles) de México, Xochimilco y muchas otras ciudades lacustres.

El trazo de las ciudades puede acusar una retícula, como en Teotihuacán, Cempoala, Cholula y México Tenochtitlán, o adaptarse a la orografía, según se aprecia en El Tajín, Xochicalco, Huijazoo, Monte Albán, Palenque, Yaxchilán y

Tikal. Entre las más grandes se cuenta Teotihuacán, que tiene cerca de 22 km² y más de 2500 edificios y Cobá, que alcanza 40 km².

Son frecuentes los rasgos sagrados y simbólicos, de origen astronómico, que guardan los ejes y las edificaciones principales, como son la desviación entre 7° y 14° al oriente del norte magnético y la ubicación de las construcciones sobresalientes –sobre todo los templos- de acuerdo con los cuatro rumbos cósmicos. De tal suerte, que muchos fenómenos celestes pudieron contemplarse y medirse. También cabe recordar los espacios destinados a significativas actividades mercantiles, al igual que edificios para jugar a la pelota -con planta en forma de I latina- y para representar obras teatrales.

Los anteriores son, en breve, los elementos de la arquitectura y del urbanismo prehispánicos. En conjunto se aprecian desde los remotos tiempos olmecas y hasta la Conquista; desde las costas del océano Pacífico a las del Golfo de México y desde las ciudades nortañas Chalchihuites y La Quemada, hasta las sureñas Copán y Quiriguá. La arquitectura y el urbanismo precolombinos, obedecían sobre todo a espacios abiertos, donde los habitantes se congregaban para efectuar las actividades cotidianas o rituales. Puedo aseverar que la vida tenía lugar en la calle, en la plaza, en el mercado, a la luz del sol y con la caricia del aire y la lluvia en la cara.